

Il

Annuncio. —

Sociedad de Autores Españoles

EL ANUNCIO

PASATIEMPO CÒMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL BARONA CHERP



MADRID

SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL

1906

Al distinguido y aplaudido primer
director D. Manuel Balmaña, le dedica
samente este modesto ejemplar, su afmo. s

El Autor.

Gerona 16 Dbre 1909.

EL ANUNCIO

EL ANUNCIO

PASATIEMPO CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL BARONA CHERP

*Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro
Círculo Obrero de Játiva, en la noche del
23 de Febrero de 1905
á beneficio del primer actor cómico
D. Pablo Chaves*



VALENCIA:

IMP. P. SANCHO, ARZ. MAYORAL, 5 Y 24

1906

PERSONAJES

Enriqueta.	Sra. SANTONCHA.
Paulina.	Srta. Martínez.
Adela.	Sra. Chiva.
Hipólito.	Sr. CHAVES.

Epoca actual. Derecha é izquierda las del actor.



Esta obra es propiedad de su autor y nadie sin su permiso podrá representarla ni reimprimirla en España ni en donde se celebren ó hayan celebrado tratados de propiedad literaria.

Los comisionados de la Sociedad de Autores Españoles cobrarán los derechos devengados de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA SOCIEDAD

Nuevo Casino de Liria

A vosotros, compañeros de Sociedad y en particular á la Junta Directiva de la misma, os dedica esta humilde obra como prueba de aprecio,

El Autor

Cuatro palabras

Justo es consignar mi agradecimiento al simpático matrimonio Santoncha-Chaves. Al aceptar un papel cómico la eminente actriz María Santoncha, me honró en extremo y favoreció en gran manera mi humilde obrita. A Pablo Chaves ¿que le he de decir? Que con su gracia y su talento hizo una verdadera creación de su papel, así como cumplieron de un modo admirable la Srta. Martínez y la Sra. Chiva.

A todos les queda sumamente reconocido

El Autor

ACTO UNICO

Sala amueblada con gusto. Puerta al foro que da á la calle; á la izquierda otras dos que dan á las habitaciones interiores. A la derecha primer término, un piano con tapete que lo cubra y espejo grande. En segundo término, otra puerta que da al interior.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUETA elegantemente vestida

ENRIQUETA (saliendo) ¡Hola señores! Hoy es para mí el día mejor del mundo, el más importante que pude soñar. Desde edad de dos años, en que mis padres se divorciaron, he vivido á la sombra de mis tíos, los que me recogieron. Cansada por fin de ser una esclava y de sufrir diariamente reproches y castigos injustos, me vi sorprendida por la suerte, saliéndome el premio gordo. Abandoné la casa de mis tíos y alquilé esta habitación, la cual se halla á la disposición de ustedes. Ahora bien. Como quiera que soltera me encuentre mal, anhelo un esposo que á la par que vigile mis intereses, me trate con dulzura, con cariño y sea

mi compañero en esta vida... y como las solteras sabemos muy bien que no podemos casarnos cuando queremos, sino cuando podemos, he resuelto un plan, que aunque original, creo me dará excelentes resultados. Hoy ha salido en los periódicos la gacetilla que yo remití... leamos otra vez. (se sienta y lee en el periódico)

«Una joven agraciada y con cinco pesetas de renta, desea contraer matrimonio con un caballero que posea una educación esmerada, ya sea pobre ó rico, viudo ó soltero. Darán informes en la administración de este periódico.» (recitado)

¡Ajaja! De esta suerte no dudo que será mi casa muy visitada y de entre todos elegiré al hombre que ha de ser mi marido, al que me mimará constantemente, al que hará mi felicidad... nada, que hoy veré realizado lo que en sueños era mi terrible pesadilla. Nosotras, las solteras, cuando nos vemos en la necesidad de llamar la atención de los hombres, esto es, de atraerlos, no tenemos más recursos que adornarnos con las mejores galas que poseemos y, efectivamente, me he puesto este traje, que supongo me favorece... ¿verdad, señores, que estoy hermosa?... ¡Claro! ¡No faltaba más! Al sonreírse ustedes y no protestar, es que afirman lo que yo digo. ¡Casi, casi podían ustedes contradecirme siendo así que hasta el corsé llevo nue-

vo! Ahora verán ustedes que bonito. (va á desabrocharse y se detiene) ¡Pero no! ¡Miran de un modo!... ¡Jesús! Y esto solamente porque iba á enseñarlo, que si lo ven ¡no les digo nada! ¡No! Más vale dejarlo, porque si no van ustedes á tener un compromiso por el corsé! * ¡Miren que piel! ¡Vamos! .. esto pueden verlo porque está á la vista... y les advierto que el que no aprovecha la ocasión es un tonto. ¿Y las medias? Les enseñaré dos dedos solamente... no quiero yo que por mi, tengan ustedes un compromiso en casa con sus esposas. De ningún modo quiero ser yo la causante de turbar la felicidad de un matrimonio... ¡Ay! Por eso deseo casarme, ser feliz, y nosotras las solteras no tenemos más remedio que emplear estos argumentos para que alguien pida nuestra mano. Pero, aún contamos con más recursos... ¡Ay si los enseñara!... ¡Sí, sí, no se porque se ríen!... Cuento con otros medios más atractivos!... * ¡Vamos!... No quiero que me digan que les dejo con la miel en la boca... les enseñaré un dedo de enaguas... (va á hacerlo y se detiene inmediatamente) ¿Aquella señora cómo mira? ¿Es que usted quiere ver si son como las suyas? Pues nada, enséñalas

* Los párrafos señalados con un * asterisco, puede suprimirlo la actriz, si así le place

usted y me ahorraré el trabajo de ello.. Pero no, he dado mi palabra y voy á cumplirla, para que nunca digan que me he vuelto atrás...(enseña un poco) ¡Así... Cogidita la falda de este modo, dejando el diminuto pie al descubierto y enseñando dos dedos de media negra en combinación con uno de blancas enaguas, es el medio de mayor atracción de que nos servimos... Pero... ¡levantan ustedes la cabeza de un modo!... ¡Parece que no distinguen bien!... Nada... les enseñaré dos dedos más. (lo hace) Aquel señor con lentes ¡mira de un modo!... ¿Quiere usted que enseñe tres dedos más?... Pues ¡ea! Voy allá... Dos dedos de enaguas, que están á la vista y tres de mi mano, hacen los cinco prometidos. Estoy á la disposición de ustedes... Deseo contraer matrimonio, sea con quien fuere, siempre que sea buena persona y esté bien educada... Enriqueta Chaves, para lo que ustedes quieran mandar... Servidora de ustedes... (vase primer término izquierda).

ESCENA II

HIPÓLITO por el foro

HIPÓLITO ¿Se puede? (presentándose) ¡Ave María! ¿Quién está por aquí?... Adelante, yo sigo... (declamando.)

Pase por primera vez
y ¡vive Dios! que es pasar,
pero quien logre manchar
con lágrimas esa tez,
yo juro, y no juro en vano.

.....
¡Dale! ¿No me creía que estaba en la es-
cena? ¡Lo que hace la costumbre! Toda
la vida recitando, declamando y versifi-
cando, hasta que he logrado ser un
artista consumado... (cambiando de voz) ¡Esto
es evidente! Porque de fijo yo estoy
consumado. Pero... ¡ah!... Entusiasmado
por las cinco pesetas de una agraciada
joven, según el anuncio que publica la
prensa, me hallo entre estas cuatro pa-
redes, en donde nada distingo... (fijándose)
¿Qué veo? ¿Una joven que se dirige ha-
cia aquí?... ¡Oh!... ¡Adoptemos una pos-
tura que encante, que enloquezca!....
(postura exagerada) ¡Así!... ¡A las mil mara-
villas!

ESCENA III

ADELA É HIPÓLITO

ADELA (Por la derecha) ¡Hola! ¡Un caballero!
HIPÓL. Sí, señora; un caballo ¡digo! un caba-
llero...
ADELA Muy buenas...
HIPÓL. (Sí, sí; muy buena, muy buena ¡ya lo
creo!)

ADELA Vamos comprendo... Usted será un pretendiente...

HIPÓL. ¡Caball! No siga más. (En el rostro me lo ha conocido.) ¡Oh! Joven que á más de agraciada posee una inteligencia firme cuyos rayos penetrantes se dirigen hacia un punto fijo, y permítame señora que en estos momentos sirva yo de punto, y logre poner en sensación todo el sistema nervioso, nada menos de un artista, de un artista decano como *ego*, el que ha conmovido á la humanidad entera, hasta el extremo de convertir los dramas en comedias y los juguetes en melodramas, gracias á un don sobrenatural, tan sobrenatural que no lo encuentra usted entre los siete que reseña el catecismo, no hay que dudar que si ha logrado conmover al conmovedor del universo entero, y si la joven capaz de esa conmoción es V. no hay vuelta de hoja que somos la pareja encantable, la que sueñan los poetas, la que con difíciles caracteres trazan los más ilustres pintores y la que solo pueden anunciar los sabios profetas. (Aparte) ¡Cuatro horas me ha costado de aprender este párrafo!

ADELA Pero ¿V. no sabe caballero?...

HIPÓL. Lo se todo, absolutamente todo, á fe de Hipólito, artista consumado, á los pies de usted.

ADELA Hipólito!

HIPÓL. Si señora; de hipo que era el sobrenom-

bre de mi difunto padre, que en paz descanse (ya que yo no puedo estar en paz) se me puso Hipo-lito, diminutivo de hipo.

ADELA Pues bien D. Hipólito, yo le he de decir...

HIPOL. Ni una palabra, ya le he dicho que lo comprendo todo, que me hallo al fin de la calle, es decir al fin de la calle no, que me hallo en su casa, en donde usted busca una persona apta á quien ofrecerle su mano, que posea una educación esmerada, sin mirar si es pobre ó rico, gordo ó flaco... en resumen yo, yo estoy adornado de todas esas condiciones, pues he aquí á un artista que lo mismo le hace un galán flaco que gordo, un padre con familia ó sin ella, desde la representación de un tipo pordiosero, cesante ó asqueroso, hasta el más noble, elegante ó cursi.

ADELA Bueno, está bien; pero ¿ya puedo hablar?

HIPÓL. Si señora, ya lo creo, ahora le toca á usted el turno.

ADELA Todo eso es asunto de la señorita. Yo aquí no soy más que la sirvienta de la casa.

HIPÓL. ¡Plancha! (Para eso he estado yo hablando más que un sacamuelas).

ADELA Por lo tanto, espere, que ahora avisaré.

HIPÓL. Está bien. Escuche, dígame que por mí no tenga prisa ninguna y que soy un

tipo fino. No exagere, no sea cosa que diga que soy muy fino y me tome por tísico.

ADELA No tenga cuidado.

HIPÓL. ¡Ah! Y gracias de todos modos.

ADELA De nada. (Vase segunda izquierda.)

ESCENA IV

HIPÓLITO sólo

HIPÓLITO ¡Cuántos apuros ha de pasar un hombre que se ve como yo! Después de estar, desde que leí el anuncio del periódico, gastando mi masa encefálica en busca de frases elegantes y trás de varias palmadas que me dí en la frente para que por medio de la musa pudiera arreglar un párrafo para hacer mi presentación ante la joven que pretende contraer matrimonio y después de cuatro horas de estudio para poderlo decir al *pedem literæ*, que solo me haya servido para hacer la presentación ante una sirvientel ¿Seré desgraciado? Si allí donde me dirijo, me persigue la desgracia! No... pues lo que es cuando salga, yo le encajo el mismo párrafo, vaya si se lo encajo, de todos modos le será nuevo para ella. (Se sienta.) Si tuviera tabaco me haría un cigarrito mientras, pero es el caso que estoy reñido con la tabacalera desde hace años y solo me contento, como ahora, en ver fumar á algunos señores.

Pero ¡que veo! ¿Será realidad ó sueño?... Parece ser que distinga aquí una garita que encierra un sujeto á usanza de consumidor... (Señalando á la concha y hablando con el apuntador.) ¡Ea caballero! Paréceme que tiene cara de amable. Sea un poco atento; me han dicho que usted los gasta liados... que no me comprende dice... que si los cigarros que V. gasta son de papel... Vamos es listo el muchacho; me ha entendido perfectamentee. (Cogiendo el cigarro que le da el apuntador.) Muchísimas gracias, lo acepto ya que tanto me lo ruega. (Lo enciende y fuma con la mano derecha haciendo infinitud de muecas entremezcladas con varios golpes de tos.) ¡Tomal ya no se ni coger el cigarro... O el tabaco es malo ó lo es el fumador... ¡Uy, uy, uy, uy!... Casi me ahogo... Diante y como pica... ¡Que este camarada los gastará de mata-quintos!... (Golpe de tos.)

ESCENA V

Dicho y ENRIQUETA

ENR. (Presentándose repentinamente.) Muy buenos días.

HIPÓL. (Deteniéndose secamente el golpe de tos, quitándose el sombrero y saludando exageradamente.) ¡Canastos!) Señora, á los pies de usted. Beso las manos. Usted bien y yo bien, y todos también, verdad? ¡Hasta Su Majestad,

que Dios guarde, disfrutando de la más completa salud!

ENR. Perdone que le haya hecho esperar tanto tiempo.

HIPÓL. ¿Qué? De ninguna manera; no faltaba más. Quien tiene que dispensar es usted, y perdone señora el haberme sorprendido cubierto, pues yo no ignoro que las reglas de urbanidad impiden estar cubierto en casa ausente y más ante una joven, linda y bella como usted. ¡No faltaba más! Yo soy muy cortés y muy urbano, como que he sido empleado en «La Urbana», casa de seguros contra incendios.

ENR. ¡Cuanto lo celebro!

HIPÓL. Señorita, perdóneme estas malditas distracciones, sé que la falta que cometo presentándome ante V. con el cigarro en la mano es una falta grave, gravísima, que solo usted puede dispensar, (lo apaga y se lo aguarda en el bolsillo del pantalón) por eso me lo guardo. He aquí la educación.

ENR. Está bien. Siéntese, permítame un momento.

HIPÓL. Con permiso de usted.

ENR. Creo que habrá acudido por el anuncio publicado en la prensa.

HIPÓL. ¡Cabal, no siga más! (Ahora le suelto el párrafo estudiado.) En el rostro me lo ha conocido... Al ver mi semblante una joven que á más de agraciada posee una inteligencia firme cuyos rayos penetran-

tes se dirigen hacia un punto fijo, y permítame señora que en estos momentos sirva yo de punto... (¡Ay, que me he perdido!) Nada, dejemos el punto y vamos al grano. Ya sabe usted á lo que vengo.

ENR. Yo sólo ansio un hombre de bien que sepa administrar mis intereses porque como comprenderá, una mujer sola lo pasa muy mal.

HIPÓL. Sí, señora, si; no se canse en demostrármelo... Yo también lo paso muy mal solo.

ENR. Además, de todos los que se presentan hoy, he de pedir informes, y de entre ellos elegiré al que ha de ser mi marido.

HIPÓL. Si señora, hace usted muy bien en pedir informes de todos menos de mi, porque le advierto que yo soy una especialidad en el género... Me informo yo mismo.

ENR. Por lo tanto ya lo sabe... se ha de esperar hasta que vengan algunos pretendientes para tener lugar la elección.

HIPÓL. Si señora, eso es muy lógico y natural.

ENR. ¡Ay! (contrariada.)

HIPÓL. ¿Qué le sucede?

ENR. Se me ha desabrochado el zapato (enseñándolo.)

HIPÓL. (¡Caracoles! ¡Qué piececito!)

ENR. Y como llevo tan apretado el corsé no puedo inclinarme á abrocharlo.

HIPÓL. (¡Ay! ¡ay! ¡ay!)

- ENR. Si usted fuera tan amable (levantándose un poco la falda y enaguas y dejando el pié a! descubierto.)
- HIPÓL. (Inclinándose) ¡Con mil amores! (abrochándolo) (Que trance más duro para un hombre. ¡Y no veo!... no veo .. ¡Y lo cierto es que quisiera ver!... En verdad se dice que cuando más viejo más pellejo). ¡Ay! (con voz angustiada y dando un salto.)
- ENR. ¿Qué le sucede?
- HIPÓL. ¡Ay! El maldito cigarro que me abrasa! (lo saca del bolsillo y lo tira lejos de sí) ¡Ea! Ya está. Servidor de usted.
- ENR. ¡Tantas gracias!
- HIPÓL. De nada. (se oye la campanilla.)
- ENR. ¡Por Dios! ¡Tenga la bondad! Escóndase aquí por si es otro pretendiente.
- HIPÓL. Está bien. Haga la Providencia que de entre todos, sea yo el elegido. Ya verá como todos son más feos que un servidor! ¡Fíjese en mis andares!
- (Vase cómicamente por el último término derecha.)

ESCENA VI

ENRIQUETA, ADELA Y PAULINA

- ENR. ¿Adela, Adela?
- ADELA Mande, señorita.
- ENR. ¿No oyes que están llamando? Abre.
- ADELA Enseguida, señorita (abriendo) Pase usted!
- PAU. (saliendo) Con permiso. Señorita, aquí vengo en demanda de una petición que creo no ha de negarme.

- ENR. Tome asiento y usted dirá. (Se sientan, Paulina á la derecha.)
- PAU. Me acaban de decir en la administración del periódico que aquí hay una joven que desea contraer matrimonio.
- ENR. Servidora.
- PAU. Yo vengo, porque la verdad, y este es el favor que le pido; que de entre todos los pretendientes que se le presenten, con el fin de casarse, alguno que no obtenga ese favor y desee estar en compañía de una señora sola, á manera de huésped, único y trato de familia, me lo ceda. Ya ve; de este modo yo consigo ser dichosa y á la par me hace ahorrar el importe de publicar el anuncio en los periódicos.
- ENR. Si señora; lo tendré presente. ¡Y ahora que pienso! (Levantándose.) He de salir un momento de casa y no me acordaba; si V. tuviera la bondad de esperarse durante mi ausencia, para recibir si alguien viene?
- PAU. Con sumo gusto; no faltaba más.
- ENR. Adela? (Llamando.)
- ADELA Señorita!
- ENR. Tráeme el sombrero. (vase Adela.) A los que vengan los hace esperar, no deje salir ni uno solamente.
- PAU. Descanse; sus órdenes serán cumplidas.
- ADELA ¡Señorita, aquí tiene el sombrero!
- ENR. (Poniéndoselo frente al espejo.) ¡Ajajá! (A Adela.) Vigila por aquí y cuida de casa; ahí den-

tro dejo un caballero.(A Paulina.) Vaya señora hasta dentro de un momento.

ADELA }
PAU. }

¡Adios, señorita!

ESCENA VII

ADELA y PAULINA

- PAU. ¿Usted es la sirvienta de la casa?
- ADELA Si señora; estoy ya tres años á su servicio.
- PAU. La envidio ¡A lo menos estará bien comida y bebida y no tendrá dolores de cabeza! Quien se pudiera encontrar en su pellejo!
- ADELA ¿Es viuda?
- PAU. No se que decirle. Soy soltera y he sido casada y viuda.
- ADELA No comprendo!
- PAU. Mi vida es una historia amarga De joven sostuve relaciones durante algunos años con un hombre, que á pesar de tener cara de bendito, me engañó, y después de tener una hija, se burló de mí, dejándome con un palmo de narices.
- ADELA Desgracias!
- PAU. Y tantas! Yo, fiada de aquellas palabras que envueltas en un postizo cariño, me decían: «Ese fruto que la Omnipotencia nos ha concedido, nos obliga á casarnos; yo te juro, Paulina, que serás mía». Y con el pretexto de irse fuera por unos

meses en busca de cierta fortuna que con ahinco me aseguraba, y cuando ya la hija de mis entrañas contaba dos años, se fué dejándome postrada en el llanto.

ADELA ¿Y la hija?...

PAU. ¡Se la llevó y nada he podido saber de él ni de ella!

ADELA Habráse visto! Lo que son los hombres! Si á mi me dejaran, los cogía á todos, y... pero no, no quiero decirlo, porque no puedo decir que de esa agua no beberé.

PAU. Ya desde entonces he podido pasar, á duras penas, poniendo casa de huéspedes, hasta la fecha, en que no sabiendo por donde pegar, he venido á suplicarle á su señorita, por ver si encuentro un caballero que desee estar con una señora sola.

ADELA ¡A propósito! Aquí dentro hay un señor detenido por orden de mi señorita. Si usted quiere que probemos mientras ella viene...

PAU. Sí, sí, hágame ese favor, que Dios se lo pagará.

ADELA Caballero? Tenga la bondad de salir que aquí hay una señora que desea hablar con usted.

ESCENA VIII

Los mismos é HIPÓLITO

- HIPÓL. (saliendo y embozándose al momento) (¡Ella!)
- PAU. ¡Caballero! (con dulzura.)
- HIP. (¿Pero quién le habrá dicho que me encontraba aquí?)
- PAU. ¡Caballero!... Usted perdonará... Le he hecho llamar, para decirle...
- HIPÓL. (Declamando párrafos de conocidos dramas que se copian á continuación.)
(Suprime lo al hecho extraño;
que apostaron me es notorio
a quien haría en un año,
con más fortuna, más daño
Luis Mejía y Juan Tenorio.)
- PAU (A Adela) ¿Qué dice? ¡Yo no sé!..
- ADELA ¡Ni yo tampoco!
- PAU. ¡Caballero!... ¡Yo voy en busca de una persona como usted!
- HIPÓL. (¡Cielos! ¿Si me habrá conocido?)
- PAU. Supongo que abusando de su bondad infinita, me escuchará un momento.
- HIPÓL. (¡Ah! Este sueño me aniquila.
mi cerebro se enloquece
y *esta vieja* me parece
que estremecida vacila!)
- PAU. ¡Señor! De rodillas se lo suplico; escúcheme. (cogiéndole la mano.)

- HIPÓL. (¡Aparta piedra fingida!
Suelta, suéltame esa mano
que aún queda el último grano
en el reloj de mi vida.)
- ADELA ¡Pero caballero!
- HIPÓL. (Grito exagerado) ¡Comendadora que me
pierdes!
- ADELA }
PAU. } ¡Ah! (huyen terrorizadas)
- ADELA ¡Está loco!
- PAU. ¿Pero que murmura?
- HIPÓL. (¿Hay quién murmura? Corriente
pues que murmure ó que grite
á mí se me dá un ardite
de lo que dice la gente.)
- PAU ¡Nada! No podemos sacar nada de pro-
vecho. ¡Soy muy desgraciada! De pen-
sar que por un granuja me veo en es-
tos lances tan apurados!
- ADELA Espere; probaré yo á ver: ¡Caballero!...
¡Caballero!... Soy yo... La sirviente de
la señorita.
- HIPÓL. (Ven...! por un rayo que Dios
¡no! el infierno ha fulminado,
este hogar, ayer sagrado
hoy queda partido en dos.
Tu conmigo vivirás).
- ADELA Yo no. Aquí, esta señora, es la que bus-
ca el cuidar á un caballero solo.
- PAU. Si señor, yo; una servidora que le trata-
rá como de familia. (prestan oído á lo que dice
Hipólito.)

- HIPÓL. (¡Hija existe alguna pena en este mundo enemigo tan profunda, que consigo á muchas almas condena! Algo más extraordinario habrá para tu pesar.)
- ADELA Sí, cierto! Si que le amarga un duro pesar.
- PAU. Ya ve, abandonada por un hombre perdido.
- HIPÓL. (Y tan perdido! Como que no se ni donde estoy, ni lo que hago)
- PAU. Y después que tuve una hija!...
- ADELA La abandonó también el amante; ya ve si son penas...
- HIPÓL. (Grito exagerado.) ¡Voto al Chápiro!
- ADELA }
PAU } ¡¡Eh!! (Huyendo.)
- HIPÓL. ¡Lejos, lejos! ¡O la mató!
- PAU. ¡Ay, me horroriza! ¡Le tengo miedo!...
¡Debe de estar loco!
- HIPÓL. (Si; loco de remate.)
- PAU. Me marchó. Cuando venga, la señorita le dice que he tenido precisión de salir, dentro de un momento volveré.
- ADELA No; pues yo no me quedo sola con él!
- PAU. (Aparte) (Vaya un empeño en no enseñar la cara! Pues yo se la he de ver! Si por casualidad fuera él, de fijo me lo comía vivo!) (Vase por el foro.—Adela con mucho miedo vase tras ella, deteniéndose en la puerta.)

ESCENA IX

HIPÓLITO Y ADELA

HIPÓL. (Mirando recelosamente.) ¡Quieta! ¡Quieta ahí.

ADELA ¡Jesús! ¡Tengo miedo!

HIPÓL. No tengas cuidado. (Desembosándose.) Oye. Yo no estoy loco, ni en mi vida lo he estado; es que no he tenido más remedio que fingir, porque en verdad, á esa vieja la temo y ella por donde voy me persigue.

ADELA (Con curiosidad.) ¿Y hace mucho tiempo que la conoce?

HIPÓL. ¡Ya lo creo! Lo malo se conoce desde mucho tiempo. ¡En aquella época si que puedo decir que estaba loco! Mi cabeza á lo visto estaba desentornillada y por eso me encapriché!

ADELA (ta.) Y vivieron encaprichados hasta...

HIPÓL. Dos años, justos y cabales, ya ves tu. Tuve una hija, es decir, ella, yo no... y en fin ¿qué más quieres, que te diga? Nos separamos y cada mochuelo se fué á su olivo, hace mucho tiempo.

ADELA ¡Ah, cierto! ¿Entonces, es ella?

HIPÓL. ¿Cómo ella? ¿Quién?

ADELA Sí; su señora es la que acaba ahora de marcharse.

HIPÓL. (¡Maldita sea mi lengua? Eso es que le ha contado mi historia.)

ADELA ¡Que feliz casualidad!

HIPÓL. Bueno; dejémonos estar de casualidades!

(Se oye la campanilla.)

- ADELA. Llaman! Voy á abrir. Escóndase, caballero.
- HIPÓL. (Va y vuelve.) ¡Ah! Por San Judas Iscariote el traidor; si es la señorita, no le digas nada de lo sucedido, porque, sino me pierdes, me pierdes, créeme, á pesar de estar ya tan perdido. (Llaman otra vez.)
- ADELA No pase cuidado. (Contestando.) ¡Voy!
- HIPÓL. (Hace el mismo juego.) ¡Ah!... Si por desgracia fuera esa vieja, por caridad, dile que he reventado.
- ADELA. Bien, hombre, bien. Descanse.
- HIPÓL. (Lo mismo.) ¡Ah!
- ADELA ¿Otra vez?... ¿Qué?
- HIPÓL. ¿Qué?... Gracias por todo.
- (Vase tercer término izquierda.)

ESCENA X

ENRIQUETA y ADELA

- ADELA. (Abriendo.) Pase usted.
- ENR. (Contrariada.) Mujer; creía que no abrías!
- ADELA Perdone la señorita, es que estaba por allá dentro.
- ENR. ¿No ha venido nadie?
- ADELA Ni un alma.
- ENR. Y la señora que he dejado aquí?
- ADELA Me ha dicho que tenía precisión de salir, y que luego volvería.
- ENR. Y el caballero, supongo, continuará esperando.
- ADELA Sí, señorita.
- ENR. Bueno. Toma; guárdame el sombrero.

ESCENA XI

ENRIQUETA sola

ENR. (Sentándose.) Vamos, ya me tienen ustedes aquí otra vez. Sino lo viera con mis propios ojos, no lo creería, si señores; no lo creería, porque estoy muy incomodada con ustedes, pero mucho, muchísimo. Yo que publico el anuncio, y lo leo ante ustedes, por ver si alguno se dignaba ser mi pretendiente... y nada... dejan que se presente un viejo, habiendo tantos jóvenes que se encuentran en mi situación. ¡Parece mentira! Son ustedes tan... tan... * ¡Vamos! Ya les he dicho antes, y lo repito ahora, que el que no aprovecha la ocasión es un tonto. ¡Sí; ríase, usted, joven! ¡Vaya una gracia! Porque me ven triste, se ríen y se burlan de mi, Bueno; Vaya por cuanto se dirigió á cierta joven y se burló ella de usted; todo se sabe. ¿Ve? Ahora me toca reirme á mi... ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Qué no es verdad? ¡Vaya lo uno por lo otro!... Estamos en paz. He aquí á una servidora, en la flor de su edad... bastante agraciada. ¡Creo que soy agraciada!... ¿Verdad?... Y no soy del todo despreciable!... ¿No es cierto? Venga: Ustedes dirán si soy despreciable ó no!... Y sin embargo no lo comprendo. Hace un momento he

* El parlamento señalado con el asterisco, queda á elección de la artista, como se anotó al principio de la obra.

salido de casa con la intención de ver si alguno de ustedes me seguía y se dignaba acompañarme. Pero nada... ustedes han permanecido quietos. ¡Bieul... ¡Bien!... ¡No está mall... Pues yo por mi parte, más franca no puedo ser, y ya he hecho bastante. ¿A no ser que ustedes quieran, que desde aquí elija y me declare á presencia de todos?.. Pero, no; nol... ¡No sucederá así! Yo ya he puesto los medios y el que quiera, no tendrá más remedio que declararse, porque eso les toca á los hombres. Conque así quedamos.* No olviden la conversación que gustosamente, he sostenido con ustedes... ¡Ah!... Y perdone usted, joven!... Sí, ese del bigotito... Si señor; usted!... Perdone el que me haya dirigido en particular á usted; y sentiría mucho que por lo sucedido tuviera algunas palabras con su novia, por eso le ruego encarecidamente que me dispense. ¿Verdad que estoy ya dispensada?... ¡Sil... ¡Ya lo sabía yo!... Es usted muy amable! Nada, señores; á la disposición de ustedes.

ESCENA XII

ENRIQUETA é HIPÓLITO

- ENR. Ahora, llamaremos á este pretendiente que estará harto de esperar... ¿Caballero?
- HIPÓL. A los pies de usted, señora. ¿Cuándo nos casamos?

ENR. Poco á poco! No hay que correr, porque el que mucho corre...

HIPÓL. No; si yo no corrol Ya ve, estoy muchos años parado. (Como que no tengo contrata).

ENR. Yo; la verdad... Sentiría en el extremo... que V. fuera como muchos, que solo quieren á la mujer por el interés...

HIPÓL. De ningún modo. Yo no la quiero á usted por el interés. Yo es que, en una palabra, la quiero... (Por las cinco pesetas de renta).

ENR. Sentiría muchísimo caer en manos de un hombre que hiciera sufrir á su mujercita. ¡Tantos hombres hay así! ¿Usted no lo dudara?

HIPÓL. ¿Qué he de dudar? No señora. Eso es una verdad como el evangelio.

ENR. No sé lo que me pasa, pero al pensar de tomar nuevo estado, mi corazón se oprime, me entristezco, y... y... ¡Ay, caballero!... La abertura de la falda la llevo desabrochada.

HIPÓL. ¡Ay, ay, ay, ay!

ENR. Si usted tuviera la bondad...

HIPÓL. ¡Si, señora; con sumo placer! (Abrochándose) (Créanlo ustedes; esto hace sufrir mas á un hombre que si estuviera en el purgatorio')

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y PAULINA por el foro, á poco ADELA

PAU. ¡Ah! ¡So granujal... ¡El es!... Ahora, ahora me las pagarás todas juntas.

- HIPÓL. ¡Horror! (Cae en una silla desmayándose.)
ENR. ¡Pero señora!..
PAU. No en balde permanecía antes embozado. ¡Hombre indigno! ¡Hombre malvado!
ENR. ¡Adela! ¡Adela!... ¡Agua! ¡Al momento!
ADELA Señorita.
ENR. Echale una poca en la cara que se ha desmayado! (Adela le estufa la cara solo con los dedos mojados.— Hipólito con movimientos nerviosos más agudos y sumamente exagerados.) ¡Mas, mujer, más!... ¿Ya le pasa?... ¡No te digo que más!
ADELA ¿Más aún?
ENR. Sí, mujer; como he de decir las cosas!
PAU. Echase la toda.
ADELA ¡Tome, pues! (Le tira á la cara de un golpe toda el agua contenida en el vaso)
HIPÓL. ¡Eh!... ¡Eh!... ¡Canastos! ¡Otra vez avíseme; que esto es cuestión de abrir un paraguas!
PAU. ¡Hombre ruín! ¡Por fin caiste en mis manos! (Cogiéndole.)
HIPÓL. (¡Santa Rita de Casia!)
PAU. Señorita: Tiene usted en su casa al hombre más malvado que hay bajo la capa del cielo.
HIPÓL. ¡Mentira!
ENR. Pero, qué pasa?...
PAU. ¡Calla, calla ó te estrangulo! ¡Infame!
HIPÓL. ¡Infame!
PAU. ¡Ruín! ¡Canalla!
HIPÓL. ¡Embustera! ¡Bruja!

- PAU. ¡Ay, ay, ay!
- HIPÓL. ¡Ay, ay, ay!
- ENR. (A Paulina) Pero sepamos ¿Qué le sucede?
- ADELA (A Hipólito) Pero diga ¿qué le ocurre?
- PAU. Es V. un hombre sin corazón, sin entrañas y sin dignidad. ¡Malvado! ¡Cobarde! ¡Traidor! (Los dos á la par.)
- HIPÓL. Es V. una mujer sin vergüenza, sin sentido y sin nada. ¡Hipócrita! ¡Bruja! ¡Embusteral
- ENR. (a.) Eh! Silencio!
- ADELA (id.) Basta ya!.
- ENR. Sepamos de una vez ¿qué ocurre?
- PAU. Señora: ese que V. ve ahí con cara de bendito, ese es el que se burló de mi Acuérdesse bien de lo que le digo; no se fíe jamás de Hipólito Chaves.
- ENR. Que oigo! ¡Hipólito Chaves! ¡Cielos! Mi padre se llamaba Hipólito, y yo me llamo Enriqueta Chaves.
- HIPÓL. Como? ¡Qué escucho!
- PAU. Sí, á mi hija se le puso de nombre Enriqueta.
Y á los dos años la dejé en casa de mi hermano!...
- ENR. Sí, cierto; en casa de mis tíos! ¡Yo soy, pues, la hija! ¡Madre mía! (Abrazándose.)
- PAU. ¡Hija de mi alma! (id.)
- ENR. ¡Padre mío!
- HIPÓL. ¡Hija de mi corazón! (id.)
- ADELA ¡Quién tenía que decir, que por fin me habían de hacer llorar!

PAU. ¡Hija mía! He ahí á tu padre, el que tuvo valor de abandonarte!

HIPÓL. Poco á poco. Yo si tuve valor para eso, hay que reconocer que fué con buena intención. Yo entonces me encontraba sin colocación, y para que mi hija no padeciera hambre, resolví dejarla bajo el amparo de mi hermano! Yo varias veces he preguntado, pero no me sabían dar razón; te marchaste y nada dijiste de tu paradero!

ENR. Ciertamente. Me maltrataron varias veces, y como la suerte me proporcionó cinco mil duros, pensé poner casa y aquí me encuentro.

PAU. Y hoy publicas un anuncio en el periódico con el fin de contraer matrimonio.

ENR. En efecto; pero nadie acude á pedir mi mano, por más que ya no me hace falta. He encontrado á mis padres que era mi mayor anhelo.

HIPÓL. De seguro! Me casaré con Paula y te reconoceré como legítima. (Cuando decía que de esta salía casado).

ENR. Y viviremos todos juntos y de este modo seremos muy felices. (Al público)

Ya que á mi idea renuncio
sin sentir pena y dolor,
dos aplausos, por favor,
si es que les gusta *El Anuncio*.

TELÓN

17474

